

**DILEMAS QUE ACAECEN A LA SUBJETIVIDAD
CONTEMPORÁNEA.**

**Aportes al debate sobre el concepto de territorio y nación en
América latina**

VICENTE FERNANDO SALAS SALAZAR

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES LATINOAMERICANAS -
CEILAT
MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
SAN JUAN DE PASTO
2023**

**DILEMAS QUE ACAECEN A LA SUBJETIVIDAD
CONTEMPORÁNEA.**

**Aportes al debate sobre el concepto de territorio y nación en
América latina**

VICENTE FERNANDO SALAS SALAZAR

Tesis de grado para optar al título de Magister en Estudios Latinoamericanos

Asesor

PEDRO PABLO RIVAS OSORIO

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES LATINOAMERICANAS -

CEILAT

MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

SAN JUAN DE PASTO

2023

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.

Artículo 1ro del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN:

Jurado

Jurado

Jurado

Asesor

San Juan de Pasto, Octubre del 2023

AGRADECIMIENTOS

A mis colegas del Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas – CEILAT y a su director el doctor Pedro Pablo Rivas Osorio, por sus enriquecedoras jornadas de diálogo que, al aroma de un café, viene a fecundar nuestras conjeturas en sugerentes e inquietantes ideas.

DEDICATORIA

A la mujer de mi vida y su incansable espíritu, Ángela María Arteaga Figueroa, sin su inteligencia los sueños de un hombre solo serían un cúmulo de buenas intenciones. A nuestras dos hijas María José y Leonor Elena Salas Arteaga frutos de esta maravillosa complicidad y la motivación para seguir soñando.

Contenido

Resumen	8
El problema: ¿qué lugar habitas?	11
Un caso para reflexionar	16
El dilema del sujeto entre la unidad y la diversidad	20
Fugas y escapes, atributos de una nueva subjetividad	27
Premisas para nuevos lugares	34
Los presupuestos de la nación latinoamericana	42
A modo de conclusión	46
Referencias Bibliográficas	48

HABITAR

Un ensayo acerca de los dilemas contemporáneos de la convivencia humana

Aportes para un debate sobre el concepto de territorio y nación en América latina

Ésa fue la época del *hardware*, la época de las máquinas pesadas y engorrosas, de los altos muros de las fábricas que rodeaban plantas cada vez más grandes y que ingerían planteles cada vez mayores, de las enormes locomotoras y los gigantescos vapores oceánicos. Conquistar el espacio era la meta suprema... apropiarse de todo lo que uno pudiera y pudiera conservar, marcándolo con todas las señales tangibles de posesión y con carteles de “propiedad privada”. El territorio fue una de las mayores obsesiones modernas, su adquisición fue una de las mayores compulsiones y la protección de las fronteras llegó a convertirse en una de las adicciones modernas más ubicuas, inflexibles y permanentes.

La modernidad pesada fue la época de la conquista territorial. (Bauman, 2009. P, 122)

Resumen

No hay un acto humano, ni de un pueblo, una nación o un continente que no quede expuesto, hoy en día, a la tensión entre lo local y lo global, lo global y lo local. Una suerte de ser, actuar, sentir y pensar que es de aquí y también de todas partes. Una mirada a los acontecimientos de la vida social en las últimas tres décadas y en contextos locales, nacionales y hasta continentales, permite reconocer esta suerte de fragmentación o alejamiento de aquellos atributos o principios que soportaban el universo cognitivo del sujeto moderno¹. Atributos como la Identidad, la Soberanía, la Nación, el Territorio, el Estado y las Instituciones diseñadas con la arquitectura de la moderna subjetividad, se

¹ En adelante, las nociones que aluden a lo moderno y la modernidad y con ello, los atributos que la determinan (el territorio, la nación y el mundo instrumental) deben comprenderse a la luz de esta dicotomía entre las aspiraciones y diseños de un mundo de grandes volúmenes, sólido y firme, reconocido en la discusión que plantea Bauman, como el mundo de la “modernidad pesada” o del *hardware*, en oposición a un diseño de formato liviano, pequeño, inestable, frágil y ambivalente de lo que el mismo autor llama “modernidad líquida” o del *software*, propio del modelo contemporáneo. Reconocer al sujeto en el diseño de estas nuevas territorialidades marca el recorrido de este trabajo.

advierten hoy frágiles, inestables y ambivalentes y con ello, el sujeto de la contemporaneidad divaga entre estos estados de ambivalencia. Nos aventuramos a reconocer que estas nuevas formas de experimentar la vida se desenvuelven por los mandatos de la fugacidad y lo efímero. El sujeto es un habitante pasajero que ve fragmentarse su identidad en este constante devenir sin encontrar suelo firme.

En este trabajo se pretende reconocer estas dinámicas y señalar teóricamente, el recorrido que compromete estas tensiones, capturas y escapes que puedan darse en el ámbito del sujeto en la era de la globalización, la comunicación digital, el libre mercado en los ámbitos de lo nacional y la dimensión territorial. Todo lo anterior en el marco de un escenario hipotético que permite poner en juego las tensiones que se dan, por un lado, entre un sujeto que por estar expuesto al embate de la comunicación digital, el mercado y la globalización, es decir, de las lógicas de la contemporaneidad, se aliviana sistemáticamente del peso de la cultura moderna y de su experiencia de sujeto que pertenece a estructuras identitarias sólidas como la nación y los nacionalismos. Y por otro lado, la expresión del sujeto que al quedar liberado de los referentes y los atributos de la modernidad, divaga frágil e inestable, buscando en sí mismo los referentes de un inmediato pasado en donde la seguridad ontológica en otrora, la ofrecía un pequeño mundo, sólido, fraterno y solidario y ahora, minado por las lógicas del universalismo, el particularismo y la liquidez que llevan al límite la subjetividad contemporánea.

La sociedad y lo que en ella construimos como referentes se nos desvanecen como un chorro de humo en el espacio, y apelamos entonces al único referente que nos queda, el retorno a nuestras fuentes locales como un anhelo de arraigo. Es el desarrollo tecnológico el que le gana la carrera al espacio cuando se acelera y reclama su victoria reduciendo y achicando la experiencia espacial de los sujetos aquí en la tierra. Cuanto más la vida se aleja de la tierra, más pequeña se hace nuestra experiencia en el espacio, la comunicación digital abandera esta carrera

hechizando a los sujetos en el encanto de la velocidad temporal y volviéndolos solo espectros que habitan realidades efímeras.

Donde no es posible detenerse ya nada tiene sentido ni importancia. No te demores, no tarde, date prisa, tengo afán, voy tarde, no puedo esperar, es urgente, afánate, no puedo quedarme mucho, hazlo ya, pero rápido, apresúrate y claro, es que no alcanzo, son algunas de las más usadas expresiones de la semántica de la era del sujeto que deambula sin rumbo porque ya no puede demorarse.

En medio de este mar de incertidumbre, y por nuestra condición ligera, liviana e inestable, procuramos retornar a nuestras fuentes, al lugar, a la morada del ser. Volvemos en busca de nuestro propio ser extraviado en la era del rendimiento excesivo, la comunicación digital, la aceleración, la fragmentación cultural y el mercado global. La búsqueda de este momento solo será un ligero episodio, el ritmo y la aceleración no dan marcha a otras, la constante aceleración del tiempo achica la experiencia espacial de los sujetos y por consecuencia, aniquila el camino, lo desaparece. Nuevamente, la comunicación digital abandera esta cruzada.

Todo pareciera indicar y conducir a pensar entonces que en nuestros lugares donde se lleva a cabo la experiencia de vida, nos encontramos con sujetos sociales atrapados en el dilema de un retorno hacia sus fuentes primarias por la búsqueda de su universo cultural y simbólico, del cual y sin haber tenido oportunidad de decidir, van siendo separados por las fuerzas de la era tecnológica y la comunicación digital, el mercado, la instrumentalización y la globalización. Ya la aguda filosofía de Baudrillard anunciaba esta paradoja que atrapa a los sujetos en la era global.

Más allá de este efecto gravitacional que mantiene los cuerpos en órbita, todos los átomos de sentido se pierden en el espacio. Cada átomo prosigue su propia trayectoria hasta el infinito y se pierde en el espacio.

Exactamente eso es lo que estamos viviendo en nuestras sociedades actuales, que se empeñan en acelerar todos los cuerpos, todos los mensajes, todos los procesos en todos los sentidos. (Baudrillard, 1995. P, 9)

En consecuencia, estamos siendo testigos de una suerte de alejamiento y erosión de las identidades colectivas que definían sujetos “modernos” a partir del principio de uniformidad cultural, alejamiento y atomización de la arquitectura de la sociedad moderna, fragmentación que se dinamiza y se nos presenta a lo largo y ancho del planeta en lo que hoy se conoce en la perspectiva de la teoría social y de algunos de sus más destacados autores en el tema como Alain Touraine, la experiencia de los “nacionalismos contemporáneos”.

El problema: ¿qué lugar habitas?

El ciclo de la vida está cambiando de una forma muy extraña, la vida se experimenta hoy en día en la experiencia del nacer, reproducirse y morir sin haber crecido. El crecer se asocia con el envejecer, con el tránsito de la vida en el tiempo y el espacio, con el habitar. ¿Cuándo se experimenta este rompimiento de las relaciones espaciotemporales? cuando la modernidad acelera el tiempo y achica el espacio, bajo este acontecimiento, los sujetos experimentamos en la aceleración y en la fragmentación, el aniquilamiento del envejecer, de la contemplación creadora, de la pérdida del habitar. Las personas mueren sin haber envejecido, sin haber habitado. En otras palabras, las personas envejecen sin haber crecido en el acontecimiento del habitar, la aceleración nos priva de tal condición.

El recorrido de este documento resalta como epicentro de discusión conceptual el escenario de las tensiones, las capturas y los escapes que se vienen dando en los sujetos individuales y colectivos de las sociedades contemporáneas y en el marco de lo que se ha dado en llamar la era de la globalización, la comunicación digital,

el mercado y la experiencia nacional como acontecimiento identitario. Todo esto, como viene dicho, discerniendo el hipotético escenario que se da, por un lado, entre el universo del sujeto que se aliviana sistemáticamente del peso de la cultura moderna (por efecto de la globalización, la comunicación digital, la fragmentación y atomización de lo social, la inteligencia de las cosas, cuando se promueve la transculturación, la multiculturalidad y la heterogeneidad mediados por la aceleración del tiempo y el achique del espacio y otros procesos propios de la era posmoderna) y la pretensión de retorno de estas subjetividades como respuesta; por su condición ahora ligera, liviana e inestable, a sus fuentes locales como anhelo de un sujeto que busca el camino que lo lleve nuevamente a la experiencia del habitar su morada.

El encuadre analítico se desarrolla reconociendo el escenario paradójico de los sujetos fragmentados y alejados de su singularidad por las dinámicas de la vida social e individual de la contemporaneidad que lo exponen sistemáticamente a una pérdida de contenido y el anhelo de retorno a lugares borrados por la aceleración del tiempo y el encogimiento de la experiencia espacial que nos llama a la prisa y la aceleración como motor de la vida contemporánea. Referencias como la que sigue anuncian este recorrido.

Esta ruptura entre el mundo instrumental y el mundo simbólico, entre la técnica y los valores; atraviesa toda nuestra experiencia de la vida individual a la situación mundial; somos a la vez de aquí y de todas partes, es decir, de ninguna. Se debilitaron los vínculos que, a través de las instituciones, la lengua y la educación, la sociedad local o nacional establecía entre nuestra memoria y nuestra participación impersonal en la sociedad de producción, y nos quedamos con la gestión, sin mediaciones ni garantías, de dos órdenes separados de experiencias. (Touraine, 2000. P, 12).

De lo que se trata es de pulsar esta tensión por lo que está aconteciendo en la experiencia fáctica de la vida humana mediada por la condición posmoderna y la

crisis de los atributos de la modernidad. Encuentro que en la ontología existencial se ha desarrollado muy bien la imagen de los sujetos aferrados al lugar o que desean retornar a su morada al enfrentar los nuevos recursos que ofrece el mundo contemporáneo.

El verbo habitar, aglutina el anhelo del sujeto que se escapa de la crisis de la modernidad. Habitar para referirse a ese acontecimiento donde se lleva a cabo la experiencia más inmediata de la vida. En el habitar reconocemos una proximidad lógica entre el tiempo y el espacio y nos acercamos a esta idea de comprender la experiencia espacial como realidad construida. Es en el habitar donde encontramos las formas a través de las cuales el ser humano se hace al espacio, formas de ser, actuar, sentir y pensar; esto es, haberes que le dan forma al territorio como territorialidad. Así las cosas, la experiencia espacial está imbuida y corporizada y le da sentido al lugar como unidad a partir de la cual se articulan deseos, sentires, sueños y utopías, que, de esa manera operan como marcos cognitivos que configuran esto que denominamos en el habitar, la experiencia espacial.

Comprendemos además que esta práctica en el lugar está revelando un conjunto de relaciones entre los actores y los territorios, relaciones de interacción, de tensión y de aferramiento ecológico. Si seguimos la ruta de los “haberes” expresado en las formas de ser, actuar, sentir y pensar de los sujetos, encontramos significativas coincidencias con pensadores logopáticos como Martin Heidegger, en quienes hay un fuerte vínculo entre la naturaleza y la cultura, la vida y los conceptos, el cuerpo y la mente. De la misma manera reconocemos esta ruta en el siguiente enunciado:

Estas innumerables fuentes, que de todas parten brotan, enseñan la fundamental propiedad de una configuración ideológica hecha de palabras funcionando como unas exclamaciones de éxtasis -de indignaciones y de temas medio-ocultos (demi-savants) reinterpretados,

productos espontáneos de invenciones individuales objetivamente orquestadas porque fundadas sobre la orquestación de los hábitos y sobre el acuerdo afectivo de los fantasmas (phantasmes) compartidos que dan la apariencia a la vez de la unidad y de la originalidad infinita. (Bourdieu, 1991. P, 21)

Según esta ontología existencial, la potencia de nuestros actos depende de nuestras raíces en un suelo nativo, las decisiones que tomamos, los conflictos que tramitamos, los acuerdos, las alianzas y lealtades que configuramos, representan el teatro de nuestras acciones, siempre aferradas al lugar. Esto es lo que señala Heidegger cuando argumenta que:

Si perdemos la capacidad de habitar entonces perdemos nuestras raíces y nos encontramos fuera de todas las fuentes de alimento espiritual. El empobrecimiento de la existencia es incalculable [...] lo queramos admitir o no, somos plantas con raíces, que surgen de la tierra para florecer en el éter y dar fruto. (Heidegger, 1996. P, 47-48)

Sí partimos del principio donde la experiencia de la vida humana acontece en perspectiva espacio-temporal, entonces el habitar los lugares y el modo en que habitan los sujetos individuales y colectivos dan sentido a la experiencia espacial. ¿Qué acontece cuando la modernidad anuncia a través de la aceleración del tiempo, el gran logro de las máquinas supersónicas, el mercado global, la comunicación digital, el dialogo intercultural a escala mundial, el quiebre de la soberanía, la fragmentación de los territorios y en términos generales, la constante aceleración del tiempo?

El éxito del mundo moderno configura una nueva manera de ser y estar en la tierra y esta nueva manera que se expresa en formas discontinuas, efímeras, de prisas y ajetreos constantes que deforman y aniquilan instituciones y atomizan las sólidas estructuras de la sociedad, llaman a los sujetos en su voluntad de retorno

a las fuentes primarias, al habitar espacial que ahora yace atomizado y en la vida práctica, empequeñecido.

Como se dice más arriba, el verbo habitar quizá resulta apropiado para incorporarle elementos de sentido a la práctica de producción social y material en una espacialidad determinada por la ambivalencia de los sujetos posmodernos. Como bien se reconoce en el texto que sigue:

La relación del hombre con los lugares y, a través de los lugares con espacios, descansa en el habitar. El modo de habérselas de hombre y espacio no es otra cosa que el habitar pensado de un modo esencial. Cuando reflexionamos, el modo como hemos intentado hacerlo, sobre la relación entre lugar y espacio, pero también sobre el modo de habérselas de hombre y espacio, se hace una luz sobre la esencia de las cosas que son lugares y que nosotros llamamos construcciones.

Todo pareciera indicar y conducir a pensar entonces que este acontecimiento, esta forma en la que estamos experimentando la vida contemporánea, la experiencia individual y colectiva y los procesos de interacción que ahí se dan, comprometen y llaman la atención sobre nuestros lugares, nuestras moradas y nuestros territorios donde se lleva a cabo la experiencia de vida, y claro, a los sujetos sociales atrapados ahora en el dilema entre el peso de los atributos de la cultura moderna que modeló la condición social e individual de lo social ahora mutando a su propia fragmentación y atomización, y el anhelo de retorno hacia sus fuentes primarias por la búsqueda de su universo cultural y simbólico; del cual y sin haber tenido oportunidad de decidir, vamos siendo separados.

Un caso para reflexionar

Ya no hay distancia entre el lejano oriente y las Américas, entre el mundo occidental y los imperios asiáticos, entre el norte y el sur, el este y el oeste, el mundo está a la mano, a un clic y en verdad estamos aquí y en todas partes; como consecuencia cognitiva, en ninguna parte. Se pueden interpretar estos eventos de distancia, fragmentaciones, atomización y discontinuidades que experimentan los sujetos individuales y colectivo, como una suerte de rompimiento de las relaciones espaciotemporales debido a la aceleración permanente de los atributos de la modernidad.

El resultado de esta aceleración se expresa en forma de crisis de los atributos que construyó la modernidad en forma de identidades colectivas como el caso de la nación, la sociedad civil, el pueblo, la soberanía territorial, la familia como unidad indisociable y el anhelo de retorno, de búsqueda de los sujetos de sus fuentes primarias. Estas nuevas formas de reconocimiento cognitivo de actores que van y vienen, que entran y salen de las estructuras identitarias ahora frágiles y ambivalentes; despojadas del peso de la cultura moderna, se dinamiza en perspectiva territorial por las lógicas de lo que hoy se conoce como expresiones nacionalistas contemporáneas siguiendo autores como Alain Touraine.

Para ilustrar estas realidades presentadas en este ejercicio reflexivo, viene bien remitirse al caso de la ley orgánica de ordenamiento territorial, cuyo proyecto fue presentado por la Comisión de Ordenamiento Territorial (COT) en 1995 dado el contexto de la nueva constitución política de Colombia. Reconocemos que esta iniciativa es concomitante a los retos de las actuales dinámicas o formas individuales y colectivas de llevar la vida contemporánea. Se trate de acontecimientos locales, o transterritoriales, son evidentes las transformaciones a escala de ordenamiento territorial y de las identidades culturales colectivas.

Las urgencias institucionales para interpretar y dar respuesta a esta eclosión de diferencias subjetivas promovidas por los actores situados que reinventan la vida como un plebiscito diario y a la luz de las nuevas formas de convivencia que son más del universo de lo efímero que del universo de lo sólido y perdurable, permite ya el reconocimiento de atributos propios a las gramáticas de la fragmentación, la diferencia, la alteridad y el rompimiento de la universalidad como valor supremo del sujeto moderno. Para el caso de Colombia, por ejemplo, el nuevo orden territorial señala la creación de nueve grandes regiones culturales a partir fundamentalmente de consideraciones político-administrativas y simbólicas. En el marco de este universo simbólico se reconocen los anhelos por la reivindicación de las diversidades colectivas en nuestras territorialidades.

Un detallado estudio en perspectiva multidisciplinaria a este mapa cultural definido en nueve regiones y en donde se incluye los territorios indígenas (región caribe, pacifico norte, pacifico sur, andina norte, central, andina sur, Orinoquía, Amazonía y los territorios indígenas) permite el reconocimiento del importante desplazamiento que va de un modelo de base geográfica que unifica, bajo criterios económicos y luego por consenso ideológico de clase y que es a fin a la ocurrencia de voluntades caprichosas, hacia el diseño de un mapa que se define por voluntades históricas y culturales. Estas voluntades que resultan como reacción a la unanimidad se expresan como identitarias fragmentadas, a partir del hecho fundamental de que no están delimitadas por lo geográfico, sino que se determinan por la actividad de los actores, por los atributos de un pasado común, por los recuerdos y sueños compartidos y, ante todo, por la contemporánea expresión de los actores en su afán de retorno a las fuentes locales y el rompimiento del peso de la cultura nacional colectiva.

Estos tipos de regiones al interior de las regiones mismas pueden recortar áreas con rasgos comunes y ensamblar otras estableciendo así un mapa cuyas fronteras no se ajustan a las de las regiones político y administrativas. El ensamble o mapa que se produce en este nuevo orden y que apropiadamente puede ser denominado como “culturas regionales” es mucho más verdadero que el que se produce como resultado de las caprichosas divisiones político-administrativas propias del diseño moderno del estado nacional.

De la primera forma de organizar socialmente el territorio, se ensambla el modelo territorial de la nación, donde los conglomerados humanos consolidan su universo cognitivo apoyados en los atributos de la modernidad como insumos para la seguridad ontológica. Por ejemplo, la región pacífico sur; geográficamente formada por Valle, Cauca y Nariño y sustentada por la ocurrencia de procesos históricos afines a la arquitectura de la modernidad, caprichosamente delimitados por fronteras físicas bien determinadas. De la segunda forma de organización socio-territorial producto de los desencantos colectivos e individuales a los atributos de la modernidad, emergen formas de organización territorial o ensamblajes colectivos que llamo aquí, culturas regionales, por ejemplo; la zona sur occidental de Nariño se asemeja más a la zona del norte de Ecuador que a su similar colombiana, o la zona occidental andina de Venezuela se emparenta con la similar colombiana mucho más que con la región central antillana. Una particularidad para tener en cuenta es que, al contrario de la anterior, estas consideraciones de semejanzas a partir de este nuevo ensamble que llamo culturas regionales, donde es frecuente la dispersión, la alteridad, la ambivalencia, la fragmentación y atomización de los actores, se ven continuamente en tensión frente a las normas de carácter nacional o los discursos del orden nacionalistas.

La cuestión regional y el fenómeno del nacionalismo a nivel Latinoamericano aparecen como temas de investigación en la agenda de los científicos sociales con una relevancia tal que desmienten las referencias que suponen del nacionalismo y el regionalismo como categorías de escaso interés y actualidad.

Son precisamente las expresiones de los sujetos en los contextos del escenario continental, las que lo hacen pertinente. La relevancia en nuestros días sobre la emergencia de nuevas territorialidades, del fenómeno regional, el asunto de lo nacional y los nacionalismos, tienen mucha vigencia ya que es en estas formas de organización individual y colectiva, en este universo cognitivo y en este encuadre subjetivo donde los actores están tramitando la vida contemporánea.

Los actuales movimientos sociales responden al constreñimiento que ofrecen de manera sistemática las instituciones cuando pretenden detener las aspiraciones propias del proceso de autodeterminación. La esencia de esta contradicción radica, a nuestro parecer, en el dilema de unos sujetos desencantados de los atributos de la modernidad y el enfrentamiento a nuevos desafíos con nuevos y ahora fugaces y ambivalentes atributos marcados por la aceleración constante y el deterioro de los referentes espaciales, sujetos angustiados por encontrar un lugar, una morada o una oportunidad de peregrinar en un lugar que ya ha sido borrado para la experiencia de una vida reposada, estable, demorada donde transita el aprendizaje y la vejez.

La idea de nación, como “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) que se afianza en los preceptos de la modernidad como un acontecimiento cultural y homogéneo, no encuentra eco, en los lugares donde el sujeto, que vive la experiencia de la multiculturalidad, la comunicación digital, la globalización y el mercado transterritorial, viene sistemáticamente perdiendo la confianza en estos imaginarios de la modernidad. Entre un universo de desencantos y unos procedimientos de afirmación de la identidad individual, la democracia como política del sujeto aparece para mediar en esta dicotomía de la vida contemporánea. Al respecto,

No hay ninguna discontinuidad entre la idea del sujeto y la de sociedad multicultural, y más precisamente de comunicación intercultural, porque solo podemos vivir juntos con nuestras diferencias si nos reconocemos

mutuamente como sujetos. Trataré de demostrar que la democracia debe definirse como la política del sujeto. Como el régimen que brinda al mayor número de personas la mayor cantidad posible de oportunidades de alcanzar su individuación, de vivir como sujetos (Touraine, 2000. P.166)

El dilema del sujeto entre la unidad y la diversidad

Extiendo esta disertación haciendo evocación del trabajo de J. Konig; quién evidencia claramente la tensión entre lo local y la nacional a la luz de la discusión moderna y que, frente a la afirmación de Jordán Pilar (2000), quien sostiene el argumento de que, con la consolidación de los Estados y la nacionalidad, estamos asistiendo al fin de los regionalismos de carácter reivindicativos. Contrario a esta afirmación, la vuelta a lo local se constituye en un hecho preponderante bien advertido ya y abordado por estudiosos del fenómeno de lo local, lo nacional, lo global y los nacionalismos. Una referencia importante la hace el investigador Konig, en quien se advierten las discusiones de la cuestión local como eventos promovidos por sujetos individuales y colectivos impulsando la supremacía de los diseños locales sobre la arquitectura de lo global y lo nacional. Según este autor, el fenómeno de lo local y lo nacional en la discusión actual aparecen constantemente cuando hacemos este tipo de indagaciones: “¿Cómo administrar la diversidad? ¿Qué significa esto para el desarrollo futuro de los Estados Nacionales en América Latina? ¿Será considerada la heterogeneidad cultural un factor importante para la construcción de la identidad nacional?” (Konig. 2000, P. 47)

Una inferencia respecto a los tiempos actuales donde llevamos a cabo nuestra experiencia de vida nos permite comprender el diseño de escenarios ambivalentes, líquidos y antes de ser sólidos y bien afianzados en las estructuras sociales, se nos presentan como diseños frágiles e inestables, como asociaciones efímeras. Imaginémonos a estas estructuras sociales diseñadas y constituidas por formas porosas, donde los sujetos entran y salen sin permanecer lo suficiente

como para cohesionar haberes en las comunidades en forma de estructuras estructuradas y estructurantes. ¿Estamos acaso asistiendo al declive de las estructuras que cohesionan la sociedad desde lo que hemos llamado, las formas de ser, actuar, sentir y pensar y, avizoramos unas formas estructurales inestables, porosas y ambivalentes?

Decir entonces que nuestra vida en el mundo de hoy se expresa de manera abierta, lisa y nómada; modo rizomático diría Deleuze (1994), ¿es una lectura de aproximación correcta para indagar estas realidades sociológicas?

Es de reconocer que esta singular expresión que se viene dando en el espectro de la vida contemporánea, compromete nuestras interacciones como sujetos individuales y colectivos, entre nosotros y el entorno, desde lo real hasta lo imaginario, desde lo fáctico hasta lo simbólico, pasado por la comunicación y las gramáticas de la vida cotidiana e impactando los atributos donde se lleva a cabo la experiencia de la vida, el lugar, los territorios, los estados y las naciones. Estas lógicas de lo efímero están impactando la memoria y las construcciones discursivas con las cuales hemos aprendido a comunicarnos a través del tiempo.

Resulta correcto inferir que esta extraña y arrítmica sinfonía que los sujetos experimentan en sus formas de ser, actuar, sentir y pensar viene creando en ellos y sus lugares de referencia, formas discontinuas, ambivalentes y difusas. Bien podría ser la señal con la que se identifica la crisis del proyecto de la modernidad y los atributos que le dieron forma y contenido. Estas formas de representación de la vida social en la actualidad, ambivalentes, frágiles y versátiles, van a contravía de aquellas formas de organización y representación propias de las lógicas de lo homogéneo, lo sólido y rígido del proyecto de la modernidad. Antes bien, emergen por doquier y con mucha frecuencia en las actuales coyunturas políticas y económicas, es la expresión de los sujetos que buscan afirmación y anhelan autodeterminación desde el universo cultural y los referentes territoriales de habitar lo local como fuente de identidad.

Este acontecimiento llama la atención en lo que atañe, por una parte, a las formas contemporáneas de organización y consciencia colectiva que se configuran como estructuras identitarias efímeras y fugaces, que acaecen propiamente como experiencia virtual y se vehiculizan a través de la comunicación digital. Desde otro lugar, porque visibiliza una suerte de multiculturalismo o diálogo intercultural en el cual acontece la vida como deseo del habitar el lugar, como acontecimiento cognitivo de retorno a las fuentes primarias, a la morada donde el ser se encuentra a sí mismo, se afirma así mismo y se ahoga en su propio contenido.

¿Estamos acaso asistiendo a una crisis de los presupuestos con los que la modernidad afianzaba la idea de cultura moderna? ¿Qué consecuencias trae el advenimiento de estos atributos y lugares deslocalizados e intersticiales?, ¿Cómo pueden interpretarse estas realidades y la relación de los sujetos en estos nuevos universos cognitivos?

Lo que es importante comprender en el marco de esta sinfonía de discontinuidades contemporáneas; en los lugares, las territorialidades, las regiones y las naciones, es que estas estructuras se construyen desconectadas del pasado, de la historia y el recuerdo como argumento para el presente y el futuro. El motor de estas realidades discontinuas y efímeras es un principio anti-genealógico, es la inmediatez y la aceleración, es la ausencia del reposo, de la contemplación creadora, es la consecuencia del rompimiento de la relación del espacio y el tiempo, el tiempo que se acelera y el espacio que se achica. No es entonces la suma de un largo pasado de esfuerzos, de aventuras y desventuras, de tragedias y comedias, de detalles, sucesos individuales y colectivos, y la voluntad de recrearlos, de enaltecerlos, de hacer valida su herencia, como si se tratara del más valioso de los capitales. El capital social sobre el cual se edifica el territorio, la nación, la región y las localidades en el diseño moderno, se afianza en la premisa de las glorias del pasado y voluntades colectivas del presente. La

premisa en las que se afianza el proyecto de las realidades contemporáneas ya no tiene suelo patrio.

Nos viene bien seguir los trabajos de Ernest Gellner (1982) quién deteniéndose en un importante referente de la modernidad, asume que lo nacional debe ser considerado como una “realidad que nace del mutuo reconocimiento de los actores”, citado por: (Agote, 1996, P. 188) Es decir, de las interacciones que los sujetos determinan para afianzarse como sociedad a través de las voluntades y los deseos de los actores. Esta interesante idea, recrea el proyecto de la nación de manera exitosa en la cultura moderna, cuando el mismo se afianza como una voluntad de todos los días, o mejor, como plebiscito de todos los días

Las naciones están hechas por la voluntad humana: une nation est donc une grande solidarité, elle se resume...par...le consentement, le decir, clairement exprimé de continuer la vie commune. L'existence D'une nation est un plébiscite de tous les jours. (Gellner. 1992, P 19),

Esta dicotomía entre la unidad y la diversidad que es acertada para un debate acerca de la función de los atributos de la modernidad y el universo cognitivo que le acompaña en la experiencia de la sociedad global, red y multicultural de la posmodernidad. Al acercarnos a estas dicotomías, podemos reconocer las características de un modelo de nación que se cristaliza por la constante búsqueda de la unidad vehiculizada por la conciencia colectiva y los ahora, desafíos para un modelo que tiene como protagonistas a grupos de actores en permanente búsqueda de alteridad, diferencia y otredad. Es decir, actores individuales y colectivos que llevan a cabo su experiencia de vida en situaciones de discontinuidades, desencantos y ambivalencia. Viene bien la reflexión del investigador Tiryakian (1996) al insistir en la fuerza del “estatuto fenomenológico” que ampara el modelo de nación moderna y su permanente construcción por la vía de los esfuerzos y voluntades colectivas. O bien, como lo formularía el mismo

Pérez-Agote; quién apoya sus tesis considerando lo nacional como un hecho que pertenece propiamente al campo de lo social y a la experiencia colectiva.

Al acercarse al escenario de lo que aquí llamamos, las nuevas territorialidades, producto de la experiencia que suscitan las innovaciones tecnológicas y la comunicación digital, el mercado a escalas universales y la universalización misma del universo simbólico, desde la interpretación colectiva de sujetos y lugares apartados, hasta la apuesta de reivindicación territorial afianzado en el imaginario local, estas nuevas subjetividades que emergen beligerantes por todas partes, vienen ahora buscando la oportunidad para alejarse del modelo que en otrora los determinó como sujetos modernos. Las realidades sociales que se viene configurando obedecen más bien a pretensiones de diferenciación que de uniformidad simbólica y cultural.

Lo que resulta de este rompimiento en crecimiento entre la vida colectiva como proyecto nacional y la experiencia actual de la vida como acontecimiento de diferenciaciones, atomizaciones y discontinuidades, se expresa en forma de territorialidades fragmentadas como resultado de este nuevo ensamblaje que propicia la subjetividad posmoderna. Este evento ya es un fenómeno que exige remitirse a considerar la cuestión nacional y los nacionalismos, como acontecimientos de autodeterminación local, diversidad, alteridad y multiculturalismo, como digo, al ser considerados expresión de la vida contemporánea. Me remito aquí a M. Hroch

¿Cómo se puede reconocer realmente una reivindicación nacional? ¿Dónde terminan los objetivos y los fines que la investigación define como nacionales? ¿Deben limitarse a aquellos que han sido expresamente definidos como tales, o pueden incluirse también en el plano de lo nacional aquellas reivindicaciones articuladas sobre la base de identidades regionales? Los historiadores mejoraron en la consideración y el análisis de aquellas reivindicaciones que solo o mayoritariamente han surgido en el

centro. Queda por estudiar el papel dentro de los programas nacionalistas de aquellas reivindicaciones locales que, al mismo tiempo, se reclamaban de nación. (Hroch, P. 243)

El argumento que sostiene la hipótesis de trabajo se centra entonces entre la crisis de los presupuestos de la modernidad en la vida individual y colectiva hoy en día y las expresiones dispersas, ambivalentes y discontinuas, efímeras y carentes de contenido y memoria propias de un universo en constante dispersión, promovido por las dinámicas del mercado, la comunicación digital, la globalización, la discontinuidad del tiempo con el espacio, la fragmentación y la constante atomización de la vida colectiva, acontecimientos que liberan sistemáticamente al sujeto del peso de la cultura moderna y lo conducen, en su nueva forma y contenido, liviano e inestable, ambivalente, frágil e indeterminado, al escenario de lo que llamaríamos formas posmodernas de convivencia.

En concordancia con lo anterior en un sugerente pasaje, Heidegger se pregunta:

¿Por qué no encontramos para nosotros un significado, es decir, una posibilidad esencial del ser? ¿Por qué desde todas las cosas nos bosteza una indiferencia cuya esencia no conocemos? ¿Pero quién pretende hablar así, si el tráfico mundial, la técnica, la economía, arrebatan hacia sí al hombre y lo mantiene en movimiento? (Heidegger. 2007.P,109)

Hay podemos avizorar la esencia de este acontecimiento y su significado, el lugar del ser, es ahora un lugar que fugazmente le pertenece y fugazmente le da seguridad, y a la vez, que ya no le pertenece y donde no podrá ser. En otras palabras, lo conduce, lo expone, lo lanza a habitar un suelo inestable, a un lugar no apropiado para la estancia ya que no funge como morada para el anclaje, para el detenerse y contemplar, lanza al sujeto al mundo donde prima la constante sucesión de acontecimientos, un escenario vacío de significados y en constante aceleración.

¿Cómo es que estos nuevos presupuestos reconocidos aún, como huellas de la modernidad y que son transformadas como nuevas realidades sociales, como el territorio, la nación, los lugares y la consciencia que sobre ellos desplegamos, pueden, más que ofrecer seguridad y solidez, atraparnos en experiencias cargadas ahora de angustias, temores, melancolías y fragilidades que llenan de su contenido nuestro universo cognitivo, al quedar expuestos a una suerte de condición liviana, frágil, líquida e inestable? Es decir, al quedar liberados del peso de la cultura moderna.

Tomamos el siguiente enunciado que incorpora en la discusión de lo nacional el elemento territorial, el parágrafo define un momento específico de la consolidación de la nacionalidad ecuatoriana y deja ver como se consolidó el proyecto de la nación bajo la arquitectura de la modernidad y la idea de territorio deviene fija y sólida. Luego es esta idea de nación la que rompe el acelerado movimiento de la modernidad bajo los preceptos de nuevas formas de sentir, pensar y ser en el mundo, las lógicas de la vida contemporánea cuya forma más eficaz ha sido la aceleración del tiempo y la reducción de la experiencia espacial en los actores.

Hay que señalar que en los momentos más críticos de estas coyunturas las concepciones nacionales prevalecieron finalmente sobre las diferencias regionales, en tanto fueron épocas en las que las invocaciones a la patria y a la unidad nacional se ejercieron desde una posición de necesidad externa, logrando acallar así las voces disidentes de los regionalismos y unificando las diferentes voluntades. (Pilar. 2000. P, 229)

El diseño moderno de los Estados nacionales impone que el nacionalismo se asuma como una herramienta discursiva de la nación, que tiene por definición una función deslegitimadora y sumamente agresiva frente a cualquier intento o expresión de reconocer protagonismo político a identidades locales, regionales o periféricas que por su reivindicación a la autodeterminación y amparadas en el

reconocimiento propio y el derecho a la diversidad propician por la dispersión. Es decir que, apelando a condiciones contemporáneas propias del modelo de dispersión, aceleración, discontinuidad y fragmentación, terminan siendo beligerantes respecto de la unidad nacional.

Fugas y escapes, atributos de una nueva subjetividad

Estas tensiones que experimentamos los sujetos en esta suerte de nuevos presupuestos de lo social, nos advierten imágenes de actores que van y vienen, que deambulan por todas partes por la fuerza de la aceleración del tiempo y el deterioro de la experiencia espacial que configuran lugares lejanos, lugares efímeros, no apropiados para el re-encantamiento en la contemplación en un mundo que se desmorona en su diseño original (como mundo moderno) y donde el desencanto por los presupuestos que lo determinaban pasa a ser el denominador común.

La tensión que evidencian estas nuevas realidades y los caminos que podrían conducir a posibles salidas, pueden ser de algún modo rastreados por las reflexiones que sobre la *Odisea* realizara Adorno y Horkheimer en dialéctica del iluminismo. Citado por (Entel, 2005) desde donde puede advertirse la compleja tensión que experimentan los sujetos cuando quedan liberados del peso de la modernidad, se desencantan de ella al no encontrar con qué suplir el peso de la cultura moderna atesorado por más de 200 años y que al fugarse, deja a nuestra subjetividad y el universo cognitivo que la representa, en el encuadre de la angustia, la melancolía y la indeterminación.

Los imaginarios sociales que se proyectan en estas nuevas formas de organización de la sociedad pueden resultar sugerentes en tanto se comprenda que operan como una manera de llenar el vacío que dejamos al liberarnos de a poco, del peso de la cultura moderna y sus atributos esenciales como el territorio, la identidad nacional, la soberanía, la solidaridad y la conciencia colectiva. Nos

enfrentamos en el aquí y el ahora con el recurso de una subjetividad ambigua e indeterminada, liviana y líquida, que le apuesta a la insaciable búsqueda de la seguridad ontológica. Sujetos encantados habitando en estas “territorialidades post modernas”, encantados por efecto de la inestable e insegura condición de su universo cognitivo ahora perceptible en estas nuevas realidades.

Afianzo esta idea con la siguiente cita:

Precisamente, cuando Odiseo va a enfrentar a las sirenas, se salva- ya advertido por Cirse- a través de la astucia al tomar los recaudos para poder pasar sin desviarse. Al pasar escuchando, pero no pudiendo detenerse Odiseo “engaña” a las sirenas, pero se sacrifica en relación a la belleza que el canto representa. El canto puede ser burlado, pero no eliminado y, sin embargo, ese ideal de nostalgia de un mundo reconciliado que representa no queda intacto, al contrario, es puesto a un lado de la vida (Entel, 2005, p. 177)

Si el deseo o el anhelo de retorno a nuestras fuentes primarias (el lugar, la aldea, la morada, la tribu, la comunidad) es una expresión de esta nueva realidad social que emerge de la crisis de los presupuestos de la modernidad, este retorno debe interpretarse como un destino, un lugar por alcanzar, una pretensión de habitar un puerto fijo, en un universo efímero, ambiguo e indeterminado, cargado de nostalgia por un pasado que, como lo deja ver Odiseo, solamente podemos escuchar porque ya estamos separados, definidos en permanente tensión por dos realidades, una que esta en el recuerdo y que nos determina como actores situados en universos fijos y sólidos y otra que está en el presente, donde se lleva a cabo la experiencia de la vida, aquella de lugares intersticiales, de aceleración y contemplación, de ilusiones y de consuelo, de fragmentadas experiencias y atomizadas representaciones.

Este tal vez sea el lugar desde donde se configuran las nuevas subjetividades ahora ambivalentes e indeterminadas, lugar que no logra materializarse en la experiencia del habitar porque ya no podemos detenernos, no podemos quedarnos y aferrarnos, la inercia del deseo nos impulsa a este lugar que ahora solo funge como fantasma de un pasado con arraigo. ¿Qué oportunidad tienen los sujetos en este “no-lugar” de deseo para llevar a cabo la experiencia de vida? Este lugar del deseo es el escenario constante para la fuga y el escape, es la espacialidad vuelta eter en la experiencia de vida de actores que se desvanecen, se aligeran, se fugan, se fragmentan y se atomizan dada la imposibilidad para detenerse, morar, aferrarse y establecerse.

Es tal el tamaño de esta ambivalencia en la experiencia de vida contemporánea que, por doquier, familias, escuelas, universidades, grupos de amigos, almas colectivas y aquellas que también deambulan en apariencia de soledad, experimentamos perturbaciones que pueden medirse por el tamaño de las huellas que dejamos en nuestro cuerpo y nuestro lenguaje, en ausencia de un lugar para habitar, para aferrarse. Viene a ser de tal dimensión esta fractura de los atributos espacio-temporales que los sujetos llevan al límite su propio ser y su propia existencia. El afán de éxito, el exceso de rendimiento por llegar mas rápido a la meta sin experimentar la fatiga del transitar, del vivirla en el habitar, se instaura como el patrón dominante, la pulsión que conduce al sujeto a su propia aniquilación.

La experiencia de fuga y escape funge como medida del sujeto cuando desea retornar a sus fuentes locales al no encontrar la firmeza que le ofrecía en otrora, la cultura moderna. La oportunidad para aferrarse, para encontrar el lugar de la morada en medio de la constante aceleración del tiempo y achique del espacio, quizá requiera de la astucia para situarse, como vulnerables navegantes, en las turbulentas aguas de la era de la comunicación digital, la globalización del universo simbólico y el consumo compulsivo que aventura la lógica del mercado.

Esta experiencia que conduce a pensar de una manera distinta nuestra experiencia en el espacio, en el territorio y el lugar, acertadamente reconocida como experiencia de nuevas territorialidades, no se muestra como evento local, es más bien un acontecimiento universal. El reclamo al derecho por la diferencia y el diálogo intercultural que “ebulle” por toda América latina, nos conduce a reconocer la mutación de la experiencia espacio-temporal de los sujetos en perspectiva de su universo cognitivo y el sentimiento de arraigo, la sensación de distancia de sus lugares de habitar la vida.

Estas nuevas territorialidades, nos llaman a reconocer en los actuales sujetos individuales y colectivos, nuevos escenarios donde se está llevando a cabo la experiencia de vida. La necesidad de comprender la dinámicas sociales y la fuga de los atributos de la modernidad que le dieron forma y contenido, a través de figuras como el territorio y la dimensión de lugar, el fenómeno de la nación y los nacionalismos que fungieron en otrora como unidades de compactación de subjetividades.

“¿Qué significa el hecho de que en sociedades modernas existan identidades múltiples, para el imaginario nacional? ¿Será posible de abandonar el modelo de la nación unitaria y homogénea, hasta ahora vigente, para adoptar una nación pluricultural y aceptar la diversidad cultural?” (Jochin, 2000, P. 47).

Diré entonces que en estos escenarios y sus construcciones discursivas se apertura una nueva manera de entendernos en el mundo, una manera propiciada por lo que bien podría ser, una suerte de reconfiguración del universo simbólico. Esta neófito dimensión de lo simbólico, que tiene su suelo patrio en estas nuevas territorialidades consecuentes con lo diverso, lo ambivalente, lo inestable y líquido; más concretamente, que advierten de manera constante un deslinde, un rompimiento de cadencia, una falta de sincronía, un alejamiento cada vez mayor

entre el saber que se gesta en las discursividades de la gramática moderna y el saber que acompaña los lenguajes de la vida fáctica en donde los sujetos miembros ahora de un renovado comunitarismo, fundan; apelando a estos nuevos presupuestos de la vida contemporánea, nuevas territorialidades y nuevas subjetividades.

Las gramáticas de la modernidad que definían lo social a través de las consistentes identidades colectivas y que se configuraron en lo que bien describe Durkheim (2001) como formas de solidaridad orgánica, se enfrentan hoy al declive que se produce por la emergencia de las lógicas de la alteridad, la diferencia y la diversidad y que se reconocen por su condición “líquida” e inestable, ambivalente y multiforme. Estas formas de convivencia social, no necesariamente “mecánicas”, pero si marcando distancias significativas del carácter “orgánico” son propiamente las expresiones de los universos cognitivos de la posmodernidad que erosionan sus presupuestos a la hora de reconocerse como agentes homogéneos y formas altamente cohesionadoras de la vida.

Interesantes reflexiones se encuentran en los trabajos de Touraine y Bauman, en quienes el reconocimiento de la vida social en formatos diversos está dando lugar a novedosas formas de ser, actuar, sentir y pensar en la experiencia de la convivencia teniendo como referentes lo múltiple y lo indeterminado. Se hace imperativo que nos detengamos en el diseño de estos nuevos presupuestos de lo social, de estas nuevas consciencias de la experiencia individuales y colectivas, de estas nuevas territorialidades y subjetividades, que es donde se están adelantando las apuestas de la vida contemporánea.

Sí con el proyecto de la modernidad se instaló una nueva clase dominante y con ello, floreció el modo de producción capitalista y los presupuestos o atributos que acompañaron la cultura de la modernidad, estos mismos presupuestos hoy, provocan un profundo desencanto en el sujeto posmoderno. Desencanto que agita, el afán por innovar y acelerar el tiempo con sus inventos (como la

comunicación digital) y achicar el espacio en su forma de experiencia para llevar a cabo la vida. La ruta de una subjetividad sólida afianzada en los imaginarios de la competitividad, el crecimiento material, el éxito institucional y empresarial; es decir, aquellos de un universo económico que terminó dando forma a una práctica utilitarista, se caen a pedazos y se derriban las firmezas de un proyecto decadente, dejando avizorar una subjetividad vuelta sobre sí misma, que agota y lastima al sujeto que la contiene cuando ya no encuentra, ni lugar para habitar, ni motivos para detenerse. La aceleración del tiempo de lleva por su paso la posibilidad de habitar, crecer, envejecer y contar la experiencia fáctica de la vida.

El fracaso cognitivo del proyecto de la modernidad provoca el desencanto de los sujetos y la promoción de nuevas formas de orden social que aventuran al sujeto a un universo indeterminado, inestable y ambivalente, por consiguiente, su universo cognitivo carga con el mismo diseño. Resulta muy apropiado el análisis que de la sociedad realiza el filósofo contemporáneo Byung-Chul Han (2017, 2022) permitiendo reconocer este momento de desencanto en los sujetos a partir de lo que aquí llamamos la pérdida de los presupuestos de la cultura moderna, sus agudas observaciones nos conducen al mismo lugar, sujetos ambivalentes e inestables que, más que buscar aferrarse a los atributos de la modernidad y la sociedad disciplinada, encuentra placer volviéndose sobre sí mismo a tal nivel de satisfacción que conduce su propio ser a la autoeliminación. A decir con Bauer (1979)

Sólo el capitalismo consiguió generar una cultura verdaderamente nacional de todo el pueblo pasando por sobre los estrechos límites de la demarcación aldeana. Lo consiguió, arrancando a la población de su filiación local, cambiándola de su lugar en el proceso moderno de formación de las clases y de las profesiones. Lo llevó a cabo a través de la democracia, que es su producto, y también a través de la escuela primaria, del servicio militar obligatorio y del sufragio igualitario (Bauer, 1979, p. 103)

De esta dicotomía entre los atributos de la modernidad y los presupuestos que emergen por parte de los sujetos frente al desencanto de la modernidad, aparecen una serie de identidades que, desde el universo de la ontología de vida de los actores sociales, reclaman nuevos lugares, nuevas formas de ser, actuar, sentir y de pensar y crean nuevos escenarios frente al territorio, el lugar y la territorialidad. Esta condición, desencadena en los sujetos una profunda fragmentación cognitiva que se expresa en estados de ambivalencia, inestabilidad, fragilidad, liquidez, melancolía e inseguridad ontológica. En otras palabras, estamos frente a un profundo proceso de disociación que crece entre el escenario de la experiencia cotidiana y el universo de la subjetividad.

Aferrarnos a los presupuestos de la modernidad nos resulta casi un proyecto irrealizable, la fuerza del viento, el huracán y la tormenta, expresada en una de las tesis sobre la historia por Walter Benjamín en la figura del Ángelus Novus, resulta sugerente, más cuando estas fuerzas huracanadas configuran la fuerza y el argumento de la modernidad. Nos queda entonces reinventar los presupuestos para una sociedad y en ella, unos sujetos que, por el desencanto, van y vienen sin encontrar puerto firme y expuestos a la voluntad de la tormenta. La cita que viene deja ver con claridad este escenario:

¿Estamos ya reviviendo la historia de esa ruptura de las sociedades nacionales en beneficio, por un lado, de los mercados internacionales y, por el otro, de los nacionalismos agresivos? Esta ruptura entre el mundo instrumental y el mundo simbólico, entre la técnica y los valores, atraviesa toda nuestra experiencia, de la vida individual a la situación mundial. Somos a la vez de aquí y de todas partes, es decir, de ninguna. Se debilitaron los vínculos que, a través de las instituciones, la lengua y la educación, la sociedad local o nacional establecía entre nuestra memoria y nuestra participación impersonal en la sociedad de producción, y nos quedamos con la gestión, sin mediaciones ni garantías, de dos órdenes separados de experiencias. (Touraine, 2000, p. 12).

En estas dicotomías identificamos las lógicas del sujeto contemporáneo que se desplazan desde el lugar donde la modernidad impulsó su proyecto cultural, hasta los escenarios de la fragmentación, atomización, ambivalencia y liberación del peso de la cultura nacional. Estas nuevas subjetividades que revelan fragilidad ontológica conducen a descifrar y comprender los atributos de la modernidad de una manera distinta. El lugar, el territorio, la nación y los nacionalismos como atributos visibles que compactan el universo cognitivo diseñado por la modernidad, se van modificando hasta tal nivel que resulta poco probable explicar las lógicas de la vida contemporánea a la luz de estas nuevas y fugaces aventuras. A muchos investigadores les resulta apropiado hablar mejor del fin de la sociedad y sus atributos para referirse a este momento.

Premisas para nuevos lugares

Este mosaico de representaciones humanas tan diverso en la vida contemporánea va configurando también una suerte de nuevas geografías, lugares que se habitan desde las lógicas de la otredad, la diferencia y la alteridad, y que permiten el despliegue de lo diverso y lo indeterminado como atributos indispensables en estas nuevas aventuras del sujeto, sus anhelos, deseos y orientaciones.

Bajo la sombra de estas indeterminaciones, se observa al deambulante sujeto liberado del peso de la cultura moderna, experimentando sistemáticos procesos de desterritorialización de sus lugares, experimentando ahora la espacialidad rezagada del tiempo, suerte de nomadismo contemporáneo que no da lugar ya a la experiencia fáctica del habitar la espacialidad armonizada con el tiempo. La espacialidad del sujeto moderno, compacta, rígida y generosa en ofrecer seguridad ontológica, vive ahora representada en la nostalgia de unos sujetos ambivalentes, líquidos e indeterminados que buscan esta seguridad en el retorno a sus fuentes primarias, bajo los presupuestos de una experiencia posmoderna que los determina solamente como intersticios a partir de donde cobran sentido

nuevas formas de ser, de actuar, de sentir y de pensar de una subjetividad lacerada, en crecimiento, fragmentada e insondable, que va posesionando y exigiendo a su propio ser, como la medida de todas las cosas. La fatiga cognitiva por exceso de positividad es el síntoma de esta nueva subjetividad.

La presencia de estas formas diversas, de este universo frágil e inestable que reclama en los sujetos el retorno a sí mismos, a sus fuentes locales como premisa de la identidad individual y colectiva hoy en día, constituyen, más que un presagio sobre la declaratoria del fin de la modernidad y sus atributos, un desafío a la ciencia social para descifrar teorías y metodológicas que permitan comprender la mecánica de estas nuevas y extrañas formas de interacción social, de estas nuevas dinámicas sociales y el rediseño de sus presupuestos.

Resalto aquí, por ejemplo, el maravilloso trabajo que realiza M. Beuchot (2009) en lo que respecta a las nuevas formas de comprender el diálogo intercultural, la diferencia y la otredad, más allá de las lógicas del tercero excluido, el consenso y el disenso que agotan en un momento al otro y lo enmudecen, se centra en las lógicas del diálogo permanente como escenario para ofrecerle al sujeto una posibilidad en lo efímero e indeterminado. Un diálogo que no aspira al consenso en la resolución rápida de las contradicciones, en el trámite fugaz de las tensiones y sea capaz de perpetuarse, de quedarse en el suspenso que alimenta un nuevo comienzo, de mantenerse en el disenso, es un diálogo que no termina, que achica la distancia entre el tiempo y el espacio y funge como una permanente invitación a seguir siempre conversando.

Para el diseño de una ruta de análisis respecto a estas nuevas dinámicas que se expresan como eventos de desencanto de la modernidad, resulta indispensable, además, alejarse del universo cognitivo que diseñó, en la ciencia social, la modernidad. Tomar distancia del modelo vertical y dualista que crea la episteme de la modernidad, resulta apropiado para el reconocimiento de estos nuevos lugares y los encuadres cognitivos que será necesario diseñar para

comprenderlos. El camino que lleva al orden y el equilibrio desde la perspectiva epistémica y la primera ley de la termodinámica (que exige la búsqueda de la verdad en el restablecimiento del orden y el equilibrio homeostático) debe ser confrontada con el modelo de la complejidad, que facilita la transdisciplinariedad, materializada en las corrientes que interpretan las dinámicas sociales desde la complejidad, los sistemas alejados del equilibrio, las teorías del actor red y las miradas analíticas de la diferencia, la alteridad y la diversidad que ahora se sitúan de este lado.

En este sentido, se configura una forma distinta para comprender la relación naturaleza- sociedad y, por consiguiente, las dinámicas de los actores y sus territorios. Lo que resulta de esta tradición es que la experiencia espacial y temporal de los sujetos, en lugar de separarse, se juntan y los territorios operan como actores con sus propias reglas, constriñen las voluntades de otros actores y afianzan la idea de ser considerados una realidad que se construye en conjunto. En las comunidades locales, en la experiencia de vida de las comunidades; ellos dicen: “somos territorio”, en el ser, en el hacer, en el sentir y en el pensar somos lugar. La idea de vida y de lugar se contienen mutuamente como la rueda y el eje. El lugar contiene la vida y al llevarse a cabo la experiencia de vida se configura el lugar.

En otras palabras, Seguimos la ruta que señala una relación estrecha entre marcos teóricos y realidad social como marco indisoluble y esto nos conduce a considerar que la naturaleza y la cultura, el tiempo y el espacio, son un binomio indisoluble. Bajo esta manera de abordar las dinámicas sociales, se aperturan miradas alternativas que tienen como fuente a las ciencias naturales, la física, las matemáticas, la cibernética, la teoría de sistemas y el caos. Encuadros analíticos que se van posicionando como marcos cognitivos alternativos a los modelos que segmentan, atomizan, fragmentan y diluyen la vida en la era de la experiencia contemporánea.

Los Estados Nacionales en América Latina dan significativos pasos para poder encontrar formas de diálogo que coincidan con estos marcos interpretativos, con este universo de nuevas subjetividades. La eclosión de movimientos alternativos, el desencanto y la profunda desconfianza de grupos juveniles por la práctica política, la reivindicación de identidades territoriales alternativas, las constantes construcciones discursivas que enaltecen la dignidad de las clases subalternas, constituyen una clara señal de la emergencia de estos nuevos lugares y el desafío a nuevas formas de interpretación.

La experiencia de liviandad, fragilidad y creciente ambivalencia que experimentan los sujetos por el desencanto y despojo de lo que hemos llamado aquí, los atributos de la modernidad, promovidos por las actuales formas de ser, actuar, sentir y pensar de actores en situación de lógicas globales, comunicación digital, realidades paralelas, aceleración del tiempo, crecimiento desmedido del universo instrumental y ante todo, disociación y fragmentación con el universo simbólico, lastiman ahora las identidades colectivas, la conciencia nacional, la solidez de los territorios propios del modelo de la modernidad pesada. De manera general, atributos como el territorio, una organización comunal y política legal, una ideología que soporta una cultura cívica en el marco de lo que se reconoce como identidad de la nación. Para ello puede verse detalladamente a Anthony Smith (1997) en su libro “La Identidad Nacional”

Veamos con Smith una referencia:

La identidad cultural colectiva no alude a la uniformidad de elementos a través de las generaciones sino al sentido de continuidad que tienen las sucesivas generaciones de una unidad cultural de población, a los recuerdos compartidos de acontecimientos y épocas anteriores de la historia de ese grupo y a las nociones que abriga cada generación sobre el destino colectivo de dicho grupo y su cultura. En consecuencia, los cambios en la identidad cultural se refieren al grado en que diversos procesos traumáticos perturban la función básica de modelado de los

elementos culturales que configuran el sentido de continuidad, los recuerdos compartidos y las nociones de destino colectivo de las unidades culturales de población. (Smith, 1997, p. 23)

He sostenido la idea de que los sujetos en forma individual y colectiva están experimentando una serie de condiciones culturales, políticas, instrumentales y simbólicas que los define metafóricamente, livianos, frágiles, inestables y ante todo ambivalentes. Sujetos individuales y colectivos despojados del lugar para habitar, para morar y por consiguiente de-morarse. Un sujeto sin lugar para habitar es un sujeto de y para el olvido.

A esta condición hay que agregarle un aspecto central que funge como motor en la vida contemporánea, es el que tiene que ver con la comunicación digital y las realidades paralelas, realidades de internautas, hipertrofia de información que fomenta la comunicación digital y que conduce nuestra experiencia cognitiva al universo de la sociedad red, los algoritmos, la ciencia de datos, el metaverso, entre otros. Nótese que la comunicación digital, la globalización, el crecimiento del mundo instrumental y la inteligencia de las cosas van provocando un distanciamiento del universo cultural en su forma de identidades colectivas. Distanciamiento que se experimenta como fractura de la relación entre el tiempo y el espacio.

Los atributos que definen estas identidades colectivas, como el territorio que fungió como unidad de representación del sujeto moderno, o la identidad, los recuerdos compartidos, los símbolos y la Hermandad, ontológicamente experimentada bajo la figura de la nación y los nacionalismos por ejemplo, operan hoy en día como huellas de un pasado inmediato. Esta tensión de realidades (por una parte, las fácticas, grandes y sólidas; propias del diseño moderno y, por otra parte, las realidades paralelas y ambivalentes, ligeras y livianas; propias de la experiencia de la posmodernidad) propician un ataque demoledor a la subjetividad de actores que traen diseños modernos y experimentan desencantos, fisuras y

distancias sistemáticas frente a estos atributos, desencantos promovidos por la experiencia de la comunicación digital, la cultura global y la primacía del mundo instrumental. La síntesis de este dilema humano la vivimos como el anhelo de unos sujetos que desean cambiar el diseño de un mundo moderno con todos sus atributos, por un mundo estocástico, cuyo diseño efímero y ambivalente solo nos proyecta la imagen de un porvenir incierto, de un territorio inestable, de un lugar inacabado y en permanente construcción. En otras palabras, a la sombra de los atributos de la modernidad, empezamos a reconocer la emergencia de otros lugares y la urgencia de otros diseños donde se lleva a cabo la experiencia fáctica y cognitiva de la vida contemporánea en todas sus dimensiones.

El hipotético escenario que se viene trabajando en este documento bajo la idea del desencanto de los actores individuales y colectivos de lo que hemos denominado el diseño de un mundo moderno, para un sujeto que lo dimensionó sólido, fijo y grande y, de otra parte, la experiencia de este modelo que se cae a pedazos por el impacto de la comunicación digital, la globalización y la exacerbación del mercado a escala universal. El momento para expresar el rediseño de los atributos de la modernidad lo experimentan los actores en dimensiones de liviandad, ambivalencia y liquidez. Esta experiencia se vive al sentirse los actores liberados sistemáticamente del gran volumen y el peso de la cultura moderna. ¿Por qué antes el tiempo me alcanzaba para hacer más cosas?

Se viene insistiendo en el carácter paradójico que deviene de estas sensaciones que se gestan en la vida contemporánea a la luz del distanciamiento entre el tiempo y el espacio, entre la vida y los conceptos, entre la cultura y la natura. Esta disociación en crecimiento la vivimos en la experiencia diaria de sentirnos sujetos de un aquí y ahora y a su vez, sentirnos actores de todas partes. En el fondo este estar y no estar, este fugaz habitar nos deja en situación de sujetos de ninguna parte.

Las naciones y los nacionalismos como atributos esenciales del proyecto moderno encarnan esta contradicción propia de la experiencia contemporánea. De una parte y en el contexto de la globalización, el libre mercado y la comunicación digital a escala universal, evocan sensaciones de soledad, miedo y aislamiento, a su vez, sensaciones de universalidad y resistencia a la diversidad cultural.

La configuración del proyecto de nación afianzado en la arquitectura de la modernidad y en el cual los sujetos encontramos lugares para los imaginarios, la identidad y la consciencia colectiva, se consolidaron por el peso que, sobre estos ejerce la cultura moderna. Sin embargo, las lógicas de la vida contemporánea que transcurren en contextos de globalismos, comunicación digital, desterritorialización y deslocalización, fracturan el carácter sólido del modelo que configuró al sujeto moderno y sus atributos como el de la nación y los nacionalismos y deja en condición de liviandad y fragilidad a los sujetos individuales y colectivos. Al respecto comenta A. Smith:

Los riesgos son bastante evidentes: la desestabilización de un frágil sistema de seguridad global, la proliferación y la exacerbación de los conflictos étnicos en todas partes, la persecución de minorías indigestas por mor de una mayor homogeneidad nacional, y la justificación del terror, el genocidio y el etnocidio a una escala inconcebible en épocas anteriores... No obstante, un mundo de naciones y de identidades nacionales no está exento de esperanzas. El nacionalismo es una fuente de orgullo para los pueblos oprimidos y la forma aceptada de incorporarse o volver a incorporarse a la democracia y la civilización. (Smith, 1997, p.159-160)

Reconocemos el reto del proyecto de nación cuando se enfrenta a estos procesos de fragmentación, atomización y ambivalencia en quienes le dan fuerza y consistencia, los sujetos. Precisamos de la necesidad de un desplazamiento, un proceso de reconfiguración de la arquitectura de las naciones y los nacionalismos, que propicie por incorporar las expresiones humanas que se afianzan en las

lógicas de la otredad, la diferencia y la alteridad. Como una suerte de reconocimiento de los derechos individuales en el concierto mundial.

En esta experiencia contemporánea, que es ambivalente, difuso y fragmentada; sostenemos, por la liberación sistemática en los sujetos, del peso de la cultura nacional, que motiva el aliento de retorno a las fuentes locales, situadas y aferradas a lugares, no pasa por ser extraño a nosotros al encontrarnos con serias motivaciones como actores individuales y colectivos reclamándole al diseño moderno del Estado Nacional, autodeterminación y diálogo intercultural, ya no como un capricho producto del desencantamiento, sino como un derecho político de estas nuevas subjetividades.

Coincidimos aquí con las serias reflexiones que al respecto desarrolla el sociólogo Alain Touraine:

No hay ninguna discontinuidad entre la idea del sujeto y la de sociedad multicultural, y más precisamente de comunicación intercultural, porque solo podemos vivir juntos con nuestras diferencias si nos reconocemos mutuamente como sujetos. Trataré de demostrar que la democracia debe definirse como la política del sujeto. Como el régimen que brinda al mayor número de personas la mayor cantidad posible de oportunidades de alcanzar su individuación, de vivir como sujetos, lo que nos llevará muy lejos de la imagen antigua de la democracia directa, expresión de la voluntad general, y más lejos aún de la identificación, tantas veces proclamada en Francia y otros Países de la Nación y el Estado. (Touraine, 2000, p.166)

Reconocemos en estas dinámicas de los sujetos y los atributos de la modernidad donde se lleva a cabo la experiencia de la vida contemporánea, un vínculo especial entre las identidades, los territorios y la conciencia. Este vínculo permite reconocer y comprender de manera parcial el surgimiento de los fenómenos locales y socio-territoriales en el concierto local, nacional e internacional. Este

vínculo permite además reconocer las contradicciones que se viene dando al interior de las naciones y los nacionalismos modernos y que se expresan, de una parte, en el universo cultural y simbólico y, de otra parte, en el escenario de la cultura global y que se vehiculiza a través de la comunicación digital, el mundo instrumental y el mercado.

Los presupuestos de la nación latinoamericana

Una mirada respecto de las condiciones sociológicas que configuraron los Estados Nacionales y el proceso de formación de la conciencia nacional en América Latina nos permite reconocer el planteamiento que pretende definir el dilema de los sujetos que se despojan de estas características propias del diseño moderno y viven la vida contemporánea en situación de liviandad, ligereza y transitoriedad, situación que se experimenta por habernos estado liberando del peso del diseño moderno. ¿Qué aspectos de la vida contemporánea promueven esta sacudida? La respuesta señala a la disociación entre el mundo instrumental y el universo simbólico. Encuentro serios aportes en esta línea de reflexión en Anderson “Comunidades Imaginadas” (1993) quien permite reconocer la diferencia entre el proceso de formación de los Estados Nacionales como consecuencia del creciente modelo capitalista de producción y, de otra parte, el papel de unas élites dirigentes que dan forma a los Estados Nacionales latinoamericanos siguiendo las dinámicas del proyecto intelectual de la ilustración.

Es de saber que los criollos representan los intelectuales de América y, por lo tanto, el proyecto de nación y los nacionalismos de los emergentes Estados en América Latina, vienen siendo diseñados, más que por la presión y el control del imperio, por el impulso de intelectuales preparados en Europa quienes traían consigo los ideales de la ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII.

Bajo este marco analítico resultan sugerentes las articulaciones entre las formas de ser, actuar, sentir y pensar aferradas siempre a lugar de los actores en el

contexto Latinoamericano, y que permite interpretar el proyecto de nación, promovido por una clase ilustrada y la experiencia cotidiana de los sujetos que es incorporada al diseño de la nación y el nacionalismo. Este acontecimiento queda en evidencia al reconocer uno de los vehículos que dinamiza la formación de las naciones en Europa, la imprenta. Mientras que, para el caso Latinoamericano, solamente dos siglos después de permanecer bajo el control de la corona, aparece la imprenta como recurso para difundir las letras y con ello, la identidad de las naciones, para finales del siglo XVII la imprenta estaba ya en México y el Perú.

En el contexto Latinoamericano, los criollos que van en crecimiento significativo como clase dirigente e ilustrada incorporan los rasgos de la vida cotidiana en su imaginario de nación y con ello, van dando forma; con fusión de elementos muy occidentalizados, a las modernas naciones. Esta suerte de occidentalización en la colonia configura tal modelo con elementos de la experiencia literaria. Siguiendo estos presupuestos, en adelante será la ensayística la encargada de consolidar el modelo de nación. Reconocemos en la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi el primer esfuerzo novelístico de América cuando aparece en 1816 la sugerente e instructiva obra “El Periquillo Sarmiento” obra de carácter político, literario, periodístico, sociológica, historiográfica y lingüística y que será reconocida como una pieza de la literatura que promueve una feroz denuncia a la administración española en México. Ángel Rama muy elocuentemente comenta:

Implícitamente, y sin fundamentación, quedó establecido que las clases medias eran auténticos intérpretes de la nacionalidad, conduciendo ellas, y no las superiores en el poder, al espíritu nacional, lo cual llevo a definir nuevamente a la literatura por su misión patriótico-social, legitimada en su capacidad de representación. Este criterio, sin embargo, fue elaborado con mayor sofisticación. Ya no se lo buscó en el medio físico, ni en los asuntos, ni siquiera en las costumbres nacionales, sino que se lo investigó en el espíritu que anima a una Nación y se traduciría en forma de

comportamiento que a su vez se registraría en la escritura (Rama, 1987, p.16)

Es necesario reconocer que la nacionalidad está armonizada a la experiencia de vida de las comunidades locales y que fue necesariamente este, el atributo que potenció el imaginario de las naciones en América Latina vehiculizado por la literatura. La lectura que sobre México hace Pedro Enríquez Ureña y las lecturas sobre el Perú de José Carlos Mariátegui, Ángel Rama y Arguedas constituyen algunos de los ejemplos más significativos al respecto. El proyecto de la nación en los países de la América Hispánica están acentuados por un significativo carácter genealógico, en virtud a que en el proceso de construcción y consolidación no habían entrado en tensión, ni con la diversidad lingüística de las regiones, ni mucho menos con la diversidad racial, y antes por el contrario, se había afirmado por el reconocimiento de las diferencias culturales y sobre todo, por no separarse del inverosímil universo en el cual y por el cual los sujetos colectivos e individuales se aferraban a la vida, las costumbres y las gramáticas de la cotidianidad.

Este proyecto de nación lo dinamizó una clase en particular (los criollos) quienes supieron interpretar muy bien el papel de los imaginarios sociales y el rigor de su formación intelectual ya que esta clase abanderada del proyecto de nación se caracterizaba por tener afinidad con la lengua del imperio, compartir una religión común y por tanto una cultura común.

En este orden de ideas, este acontecimiento que se instaura en la conciencia de los Latinoamericanos y el imaginario de nación que se va configurando, va tomando el valor de ser una herencia que debe implantarse en el universo cognitivo de los actores individuales y colectivos. Así lo expone Anderson:

En las Américas, y para el decenio de 1830 casi por doquier había sido reconocida internacionalmente la independencia nacional. De este modo,

se había vuelto una herencia, y como herencia tenía que entrar en una serie genealógica...el lenguaje nunca había sido cuestión tocada por los movimientos nacionalistas americanos. Como hemos visto, precisamente el compartir una lengua común con la metrópoli (y una religión y una cultura comunes) había hecho posibles las primeras imágenes nacionales. (Anderson, 1993, p. 273)

Al afirmar en este ensayo que los sujetos individuales y colectivos estamos experimentando un proceso de ambivalencia cognitiva derivado de la condición de liviandad al despojarnos del peso que nos dejó la cultura moderna y sus atributos como el territorio, la nación y los nacionalismos, estamos reconociendo la asistencia de un conjunto de nuevas contradicciones y tensiones en el imaginario colectivo de la identidad de los actores. Estas nuevas tensiones no coinciden con las que, en otrora, tramitaron los actores debido a los antagonismos de sectores sociales, de las contradicciones de unas clases sobre otras, de las luchas por el control de los recursos y el poder, tensiones objetivas que implicaban muchas veces el recurso de la violencia física y simbólica. Estas agotadas formas en la que los actores tramitan sus diferencias y las comunidades se veían en contextos de sentimientos compartidos, conducía siempre a una suerte de alternancia de dominaciones en cuyo propósito solo había lugar para incubar la identidad nacional aferrada a un territorio.

El reconocimiento de un nuevo escenario de tensiones propio del desencantamiento de los actores sociales de los atributos de la modernidad nos conduce a reconocer personalidades ambivalentes, ambiguas y livianas, frágiles en cuanto a sus identidades, inseguras de sí mismas, personalidades que ya no tienen como referencia el mundo exterior, sino su propia conciencia, su propio ser como objeto a superar, personalidades que se conducen a una suerte de retorno a un estado inicial que aún no han tenido a bien definir. Estas tensiones ya no objetivas sino subjetivas, señalan los nuevos desafíos de la ciencia social en la

época de la posmodernidad y dejan al descubierto el escenario donde se da esta lucha, el mercado, la globalización y la comunicación digital. América latina es el escenario de este nuevo desafío.

A modo de conclusión

Se ha dejado como centro de debate en esta propuesta los conceptos de territorio, nación, comunicación digital y globalización, los mismos que fungen como rasgos fundamentales de distinción y construcción de identidad. Esta suerte de identidad se expresa por la apropiación y representación de formas de convivencia humana en el marco de la diferencia y permite reconocer diversos universos simbólicos que configuran y ensamblan finalmente pautas culturales.

Hablamos de identidades fragmentarias, atomizadas, múltiples y discontinuas y aunque ello no implica excluir la concepción de identidad en el sentido moderno, sí posibilita la aproximación a experiencias que son no propiamente modernas. Dinámicas que definitivamente han modificado nuestros modos y sentidos de pertenencia al igual que las experiencias de la identidad, lo cual permite repensar las gramáticas, los imaginarios sociales y discursos, en fin, las prácticas sociales a la luz de la era contemporánea.

Las identidades modernas, que por definición configuraron los atributos que la determinan afianzándolos como elementos constitutivos del mundo moderno, fueron consolidando el peso de la cultura nacional en los sujetos y en nuestro ser individual y colectivo. Esta serie de atributos, son por lo general territoriales (fijas) y regularmente de connotación monolingüística, se subordinan a las regiones y las etnias dentro de un espacio definido por las normas administrativas. La noción de identidad moderna tiende a concebirse como “monoidentidad” a partir de un refuerzo permanente por mantener la coherencia unitaria, insistiendo en las condiciones socioespaciales con relación a un territorio particular. Así, Piensa al ciudadano fundamentalmente ligado al Estado-Nación, se estructura desde

referentes jurídico políticos estatales, ubica la multiculturalidad como algo exterior o por fuera del proyecto colectivo y claro, fuera de las aspiraciones del individuo.

De otra parte, las identidades “posmodernas” tienden a ser transterritoriales y “multilinguistas”, nunca son reductibles a referentes exclusivamente socio-territoriales porque su visión abarca un continuo y sistemático proceso de desterritorialización del territorio y una continua descodificación de la población desfigurando la referencia del Estado-Nación, puesto que hay un agenciamiento relacional de múltiples escenarios.

Han perdido fuerza los referentes jurídico - políticos de la nación y advierten fisuras, grietas y fracturas cognitivas en los sujetos, puesto que las identidades no son monoidentidades sino que se aproximan a imágenes de voces desiguales, móviles, líquidas, inestables, fragmentadas, híbridas y virtuales.

Es preciso saber que, nuestros territorios amparados en referentes jurídico-políticos bajo el discurso de la modernidad, ahora se enfrentan a un continuo proceso de desterritorialización del territorio, y, el pueblo y la identidad colectiva que lo soporta, se fragmenta e irrumpe o emerge iconoclasta, apelando a su individualidad, para un continuo proceso de descodificación de la población (en otrora, comunidades, grupos, conglomerados, etc.)

El caso de la Constitución Política de Colombia de 1991 anuncia una fractura de fondo. Ya no hay una sola manera de ser y sentirse colombiano y esta apertura de la diversidad, la otredad y la diferencia, proclaman una valorización de lo local. A su vez, se anuncia en el marco de los referentes de la modernidad, en el campo de la universalidad, la globalización y la comunicación digital, que las territorialidades son multiterritorialidades, que la nación es una constelación de localidades y que los sujetos somos diferencia. Es decir, se consagra el rompimiento de las relaciones espacio-temporales en la vida de hoy.

Referencias Bibliográficas

- Anderson, B.** (1993). Comunidades Imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J.** (1995). La ilusión del fin. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P.** (1991) La Ontología Política de Martin Heidegger. Barcelona - España: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Bauer, O.** (1979). La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia. México: siglo XXI Editores.
- Bauman, Z.** (1996). Modernidad y ambivalencia. En Josetxo Beriain (comp.), las consecuencias perversas de la modernidad: Barcelona: Anthropos.
- Bauman, Z.** (2009). Modernidad líquida. Buenos aires. Fondo de cultura económica.
- Bauman, Z.** (2001). La globalización. Consecuencias humanas, México: FCE.
- Beuchot, M. & González, J.E.** (2018). Diversidad y diálogo intercultural. Bogotá, Ediciones el Búho.
- Beriain, J.** (1998). Para comprender la teoría sociológica. Navarra: Editorial Verbo Divino.
- Cortazar, J.** (1984). La vuelta al día en ochenta mundos. México: siglo XXI Editores.
- Chul Han, B.** (2017). La sociedad del cansancio. Barcelona, Herder Editores
- Chul Han, B.** (2022). Capitalismo y pulsión de muerte. Barcelona, Herder Editores.
- Deleuze G. & Guattari, F.** (1994). Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia. Valencia España: pre-textos.
- Dembicz, A. Laurelli, E** (eds). (2000). Procesos regionales en Europa centro-oriental y América Latina. Experiencias de encuentro y transformación. Uniwersytet, Varsovia.
- Durkheim, E.** (1976). Educación y sociedad. Bogotá: Babel.
- Durkheim, E.** (2001). La división del trabajo social. Ediciones Akal.

- Edwarda**, Tiryakian. Nacionalismo, modernidad y sociología. En: Pérez-Agote, Alfonso. (ed.) Sociología del nacionalismo. Vitoria, U. del país vasco, 1996.
- Elías, N.** (1997). El proceso de la Civilización, Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Entel, A.** (2005). Escuela de Frankfurt, razón, arte y libertad. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Foucault, M.** (1981). Las palabras y las cosas. México: siglo XXI Editores.
- Gellner, E.** (1993). El nacionalismo y las dos formas de cohesión en sociedades complejas. En cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales. Barcelona: Gedisa.
- González, Jorge Enrique.** Sujeto e historicidad, lección inaugural en el programa de especialización "Teorías, métodos y técnicas de investigación social" Universidad Pedagógica Nacional, febrero 13 de 2004.
- Heidegger, M.** (2007) Conceptos fundamentales de metafísica. Madrid, Alianza.
- Heidegger, M.** (1996) *Discurso sobre el pensamiento*. Nueva York: Harper & Row.
- Horkheimer, M. & Adorno, T.** (1971). *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Ediciones sur.
- Jordan, Pilar.** Estrategias de poder en América Latina. Barcelona, U. de Barcelona. 2000.
- Konig, Hans Joachin.** Nacionalismo y nación en la historia de iberoamérica. Ridderkerk (Holanda) AHILA, 2000.
- Miroslav, Hroch.** ¿Sabemos suficiente sobre nacionalismo? En: Beramendi, justo et al. Nationalism in Europe: past and present. Santiago, U. De Compostela.
- Ortiz Báez, Pedro Antonio. Delgado Rodríguez, Alfredo. Gómez Rábago Francisco.** (2016). Sistemas alejados del equilibrio: un lenguaje para el diálogo transdisciplinar. México, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Ortiz, R.** (1998). *Otro territorio*. Bogotá: Editado por el Convenio Andrés Bello.
- Pérez-Agote, Alfonso.** Hacia una concepción sociológica de la nación. En: Pérez-Agote, Alfonso. (ed.) Sociología del nacionalismo. Vitoria, U. del país vasco, 1996.

Rama, A. (1987). Transculturación Narrativa en América Latina. México: Siglo XXI Editores.

Smith, A. (1997). La Identidad Nacional. Madrid: Trama Editores.

Torres, Rivas E. La nación: problemas teóricos e históricos. México, Siglo XXI editores, 1981.

Touraine, A. (2000). ¿Podemos vivir juntos? Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Vizcaíno, F. (2004). El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo. México: Instituto de Investigaciones sociales, UNAM.